

La Tradición de A.A. Cómo se desarrolló

—por **Bill W.**

**Un recorrido por
los acontecimientos
históricos que condujeron
a nuestras distintivas
Doce Tradiciones.**

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS[®] es una comunidad de hombres y mujeres que comparten su mutua experiencia, fortaleza y esperanza para resolver su problema común y ayudar a otros a recuperarse del alcoholismo.

- El único requisito para ser miembro de A.A. es el deseo de dejar la bebida. Para ser miembro de A.A. no se pagan honorarios ni cuotas; nos mantenemos con nuestras propias contribuciones.
- A.A. no está afiliada a ninguna secta, religión, partido político, organización o institución alguna; no desea intervenir en controversias; no respalda ni se opone a ninguna causa.
- Nuestro objetivo primordial es mantenernos sobrios y ayudar a otros alcohólicos a alcanzar el estado de sobriedad.

Copyright © por AA Grapevine, Inc.,
reimpreso con permiso.

Traducción Copyright © 2019
por Alcoholics Anonymous World Services, Inc.

Traducido del inglés. El original en inglés de esta obra también es propiedad literaria © de A.A.W.S., Inc., New York, N.Y. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta traducción sin permiso escrito de A.A.W.S.

Dirección postal:
Box 459, Grand Central Station
New York, NY 10163

www.aa.org

tenido éxito por haber sido diferentes. ¡Ojalá que sigamos siéndolo!

Sin embargo, la unidad de A.A. no puede automáticamente preservarse a sí misma. Al igual que con la recuperación personal, siempre tendremos que trabajar para mantenerla. En esto también sin duda necesitamos sinceridad, humildad, falta de egoísmo, amplitud de ideas y, sobre todo, vigilancia. Así es que nosotros los que hemos estado más tiempo en A.A., les rogamos a ustedes los recién llegados, reflexionar cuidadosamente sobre las experiencias que ya hemos tenido al tratar de vivir y trabajar juntos. Nos gustaría que todo miembro de A.A. lograra precaverse tanto de las tendencias molestas que hacen peligrar a la Comunidad entera, como de los defectos personales que amenazan su propia sobriedad y tranquilidad espiritual. Porque, como la historia nos enseña, no solamente los individuos, sino también los movimientos enteros pueden fácilmente descarriarse.

Los “Doce Puntos de la Tradición de A.A.” que aparecen a continuación representan nuestro primer intento de poner de manifiesto principios bien fundados para la conducta de los grupos y las relaciones públicas. Como uno de los cofundadores de A.A., me fue pedido que publicara estos “puntos”, apoyados por una serie de artículos en nuestra principal revista mensual, el A.A. Grapevine. Muchos A.A. creen que estas Doce Tradiciones son ya lo suficientemente seguras como para convertirse en la orientación y protección básicas de A.A. en su totalidad; que debemos aplicarlas a nuestra vida de grupo con la misma seriedad que empleamos al aplicar los Doce Pasos de Recuperación a nuestras vidas personales. Con el tiempo sabremos si es cierto.

Ojalá nunca olvidemos que, sin unidad permanente, es poco el alivio duradero que podemos ofrecer a las decenas de miles que en su búsqueda de libertad, aún no se han unido a nosotros.

Nadie inventó Alcohólicos Anónimos. Brotó. Su desarrollo, logrado por un método de tanteos, nos ha producido una rica experiencia. Poco a poco, hemos venido adoptando las lecciones de esta experiencia, primero como política y luego como tradición. Este proceso continúa, y esperamos que nunca termine. Si llegáramos a ser demasiado rígidos, la letra podría aplastar al espíritu. Podríamos esclavizarnos a nosotros mismos con prohibiciones y requisitos mezquinos; nos podríamos imaginar que ya habíamos dicho la última palabra. Podríamos incluso de-

cir a los alcohólicos que aceptaran nuestras rígidas ideas o, si no, que se alejaran. ¡Qué nunca estorbe-
mos así al progreso!

No obstante, las lecciones de nuestra experiencia nos valen muchísimo. Ya hace años que conocemos íntima y ampliamente los problemas de vivir y trabajar juntos. Si podemos tener éxito en esta aventura — y continuar teniéndolo — entonces y solamente entonces, nuestro futuro estará asegurado.

Puesto que la calamidad personal ya no nos mantiene cautivos, nuestro más urgente y estimulante interés es el que tenemos por el futuro de Alcohólicos Anónimos. ¿Cómo preservar entre nosotros los A.A. una unidad tan sólida que ni las debilidades personales ni la presión y discordia de esta época turbia puedan perjudicar nuestra causa común? Sabemos que Alcohólicos Anónimos tiene que sobrevivir. De otra manera, salvo contadas excepciones, nosotros y nuestros compañeros alcohólicos en todas partes del mundo seguramente reanudaríamos nuestro desesperado viaje hacia el olvido.

Casi cualquier A.A. puede decirte cuáles son nuestros problemas. Fundamentalmente, tienen que ver con nuestras relaciones, el uno con el otro, y con el mundo de afuera. Incluyen la relación del miembro con su grupo, del grupo con Alcohólicos Anónimos como un todo, y la posición de Alcohólicos Anónimos en ese mar agitado que es la sociedad moderna, donde toda la humanidad tiene que encontrar abrigo o naufragar. De gran relevancia es nuestra estructura básica y nuestra actitud hacia las siempre urgentes cuestiones de liderazgo, del dinero y de la autoridad. Puede que nuestro futuro dependa de cómo sentimos y cómo actuamos con respecto a asuntos que son controversiales, y de la postura que tomamos hacia nuestras relaciones públicas. Es casi seguro que nuestro destino dependerá de lo que ahora decidamos hacer en cuanto a estas cuestiones cargadas de peligro.

Llegamos ahora al punto crucial de nuestra exposición. Es este: ¿Hemos adquirido ya la suficiente experiencia como para establecer normas claras en lo concerniente a nuestras preocupaciones principales? ¿Podemos ahora establecer principios generales que con el tiempo pueden transformarse en tradiciones vitales — tradiciones sostenidas en el corazón de cada miembro de A.A. por su propia profunda convicción y por el consentimiento común de sus compañeros? Esta es la cuestión, Aunque es posible que nunca se eliminen completamente todas

nuestras perplejidades, estoy seguro de que hemos llegado a una posición ventajosa de la cual podemos percibir las líneas principales de un cuerpo de tradición, el cual, Dios mediante, puede servir como una protección contra los estragos de los años y las circunstancias.

Actuando bajo la persistente instancia de viejos amigos de A.A. y con la convicción de que es posible llegar a un acuerdo y un consenso entre nuestros miembros, me atreveré a poner por escrito estas sugerencias para Una Tradición de Relaciones de Alcohólicos Anónimos — Doce Puntos Para Asegurar Nuestro Futuro:

Nuestra experiencia nos ha enseñado que:

1. Cada miembro de A.A. no es sino una pequeña parte de una gran totalidad. Es necesario que A.A. siga viviendo o, de lo contrario, la mayoría de nosotros seguramente morirá. Por eso, nuestro bienestar común tiene prioridad. No obstante, el bienestar individual lo sigue muy de cerca.

(Nuestro bienestar común debe tener la preferencia; la recuperación personal depende de la unidad de A.A.)

2. Para el propósito de nuestro grupo sólo existe una autoridad fundamental: un Dios amoroso tal como se exprese por la conciencia de nuestro grupo.

(Para el propósito de nuestro grupo sólo existe una autoridad fundamental: un Dios amoroso tal como se exprese en la conciencia de nuestro grupo. Nuestros líderes no son más que servidores de confianza. No gobiernan.)

3. Nuestra Comunidad debe incluir a todos los que sufren del alcoholismo. Por eso, no podemos rechazar a nadie que quiera recuperarse. Ni debe el ser miembro de A.A. depender del dinero o de la conformidad. Cuandoquiera que dos o tres alcohólicos se reúnan en interés de la sobriedad, podrán llamarse un grupo de A.A., con tal de que, como grupo, no tengan otra afiliación.

(El único requisito para ser miembro de A.A. es querer dejar de beber.)

4. Con respecto a sus propios asuntos, todo grupo de A.A. debe ser responsable únicamente ante la autoridad de su propia conciencia. Sin embargo, cuando sus planes atañen al bienestar de los grupos vecinos, se debe consultar con los mismos. Ningún grupo, comité regional, o individuo debe

tomar ninguna acción que pueda afectar de manera significativa a la Comunidad en su totalidad, sin discutirlo con los custodios de la junta de Servicios Generales. Referente a estos asuntos, nuestro bienestar común es de máxima importancia.

(Cada grupo debe ser autónomo, excepto en asuntos que afecten a otros grupos o a Alcohólicos Anónimos, considerado como un todo.)

5. Cada grupo de A.A. debe ser una entidad espiritual con un solo objetivo primordial — el de llevar el mensaje al alcohólico que aún sufre.

(Cada grupo tiene un solo objetivo primordial: llevar el mensaje al alcohólico que aún está sufriendo.)

6. Los problemas de dinero, propiedad y autoridad nos pueden, fácilmente, desviar de nuestro principal objetivo espiritual. Somos, por lo tanto, de la opinión de que cualquier propiedad considerable de bienes de uso legítimo para A.A., debe incorporarse y dirigirse por separado, para así diferenciar lo material de lo espiritual. Un grupo de A.A., como tal, nunca debe montar un negocio. Las entidades de ayuda suplementaria, tales como los clubs y hospitales que suponen mucha propiedad o administración, deben incorporarse separadamente, de manera que, si es necesario, los grupos las puedan desechar con completa libertad. Por eso, estas entidades no deben utilizar el nombre de A.A. La responsabilidad de dirigir estas entidades debe recaer únicamente sobre quienes las sostienen económicamente. En cuanto a los clubs, normalmente se prefieren directores que sean miembros de A.A. Pero los hospitales, así como los centros de recuperación, deben operar totalmente al margen de A.A. — y bajo supervisión médica. Aunque un grupo de A.A. puede cooperar con cualquiera, esta cooperación nunca debe convertirse en afiliación o respaldo, ya sea real o implícito. Un grupo de A.A. no puede vincularse con nadie.

(Un grupo de A.A. nunca debe respaldar, financiar o prestar el nombre de A.A. a ninguna entidad allegada o empresa ajena, para evitar que los problemas de dinero, propiedad y prestigio nos desvíen de nuestro objetivo primordial.)

7. Los grupos de A.A. deben mantenerse completamente con las contribuciones voluntarias de sus miembros. Nos parece conveniente que cada grupo alcance esta meta lo antes posible; creemos que cualquier solicitud pública de fondos que emplee el nombre de A.A. es muy peligrosa, ya

sea hecha por grupos, clubes, hospitales u otras agencias ajenas; que el aceptar grandes donaciones de cualquier fuente, o contribuciones que supongan cualquier obligación, no es prudente. Además, nos causa mucha preocupación aquellas tesorerías de A.A. que sigan acumulando dinero además de una reserva prudente, sin tener para ello un determinado propósito A.A. A menudo la experiencia nos ha advertido que nada hay que tenga más poder para destruir nuestra herencia espiritual que las disputas vanas sobre la propiedad, el dinero y la autoridad.

(Todo grupo de A.A. debe mantenerse completamente a sí mismo, negándose a recibir contribuciones de afuera.)

8. A.A. debe siempre mantenerse no profesional. Definimos el profesionalismo como la ocupación de aconsejar a los alcohólicos a cambio de una recompensa económica. No obstante, podemos emplear a los alcohólicos para realizar aquellos trabajos para cuyo desempeño tendríamos, de otra manera, que contratar a gente no alcohólica. Estos servicios especiales pueden ser bien recompensados. Pero nunca se debe pagar por nuestro acostumbrado trabajo de Paso Doce.

(A.A. nunca tendrá carácter profesional, pero nuestros centros de servicio pueden emplear trabajadores especiales.)

9. Cada grupo debe tener un mínimo de organización. La dirección rotativa es mejor. El grupo pequeño puede elegir su secretario; el grupo grande su comité rotativo, y los grupos de una extensa área metropolitana, su comité central o de intergrupo que a menudo emplea un secretario asalariado de plena dedicación. Los custodios de la junta de Servicios Generales constituyen efectivamente nuestro Comité de Servicios Generales de A.A. Son los guardianes de nuestra Tradición A.A. y los depositarios de las contribuciones voluntarias de A.A., a través de las cuales mantenemos nuestra Oficina de Servicios Generales en Nueva York. Tienen la autoridad conferida por los grupos para hacerse cargo de nuestras relaciones públicas a nivel global — y aseguran la integridad de nuestra principal publicación, el A.A. Grapevine. Todos estos representantes deben guiarse por el espíritu de servicio, porque los verdaderos líderes en A.A. son solamente los fieles y experimentados servidores de la Comunidad entera. Sus títulos no les confieren ninguna autoridad real; no gobiernan. El respeto universal es la clave de su utilidad.

(A.A. como tal nunca debe ser organizada; pero podemos crear juntas o comités de servicio que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.)

10. Ningún miembro o grupo debe nunca, de una manera que pueda comprometer a A.A., manifestar ninguna opinión sobre cuestiones polémicas ajenas — especialmente aquellas que tienen que ver con la política, la reforma alcohólica, o la religión. Los grupos de A.A. no se oponen a nadie. Con respecto a estos asuntos, no pueden expresar opinión alguna.

(A.A. no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente, su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas.)

11. Nuestras relaciones con el público en general deben caracterizarse por el anonimato personal. Opinamos que A.A. debe evitar la propaganda sensacionalista. No se deben publicar, filmar o difundir nuestros nombres o fotografías, identificándonos como miembros de A.A. Nuestras relaciones públicas deben guiarse por el principio de “atracción en vez de promoción”. Nunca tenemos necesidad de alabarnos a nosotros mismos. Nos parece mejor dejar que nuestros amigos nos recomienden.

(Nuestra política de relaciones públicas se basa más bien en la atracción que en la promoción; necesitamos mantener siempre nuestro anonimato personal ante la prensa, la radio y el cine.)

12. Finalmente, nosotros los Alcohólicos Anónimos creemos que el principio de anonimato tiene una inmensa significación espiritual. Nos recuerda que debemos anteponer los principios a las personalidades; que debemos practicar una verdadera humildad. Todo esto a fin de que las bendiciones que conocemos no nos estropeen; y que vivamos en contemplación constante y agradecida de El que preside sobre todos nosotros.

(El anonimato es la base espiritual de todas nuestras Tradiciones, recordándonos siempre anteponer los principios a las personalidades.)

¿QUIEN ES MIEMBRO DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS?

—1946—

***La Tercera Tradición se derivó de este ensayo
escrito por Bill para AA Grapevine.***

La primera edición del libro *Alcohólicos Anónimos* hace esta breve declaración referente a la pertenencia a Alcohólicos Anónimos: “El único requisito para ser miembro de A.A. es un deseo sincero de dejar la bebida. No estamos aliados con ninguna religión en particular, secta o denominación; ni nos oponemos a ninguna. Simplemente deseamos ser serviciales para aquellos que sufren esta enfermedad”. Así expresamos nuestros sentimientos en 1939, año en que se publicó el libro.

Desde aquel tiempo, se han hecho todo tipo de experimentos con respecto a la pertenencia a A.A. Es innumerable la cantidad de reglas que se han establecido (y en su mayor parte quebrantado). Hace dos o tres años, la Oficina General pidió a los grupos que hicieran una lista de sus reglas y que la enviaran a la misma. Después de haberlas recibido, las recopilamos, viéndonos obligados a utilizar muchas hojas de papel. Tras breve reflexión sobre tantísimas reglas, se desprendió una sorprendente conclusión. Si todos esos edictos hubieran estado vigentes en todas partes al mismo tiempo, habría sido casi imposible para cualquier alcohólico unirse a Alcohólicos Anónimos. Unos nueve décimos de nuestros más antiguos y fieles miembros no hubieran podido ser aceptados.

En algunos casos las exigencias nos habrían dejado muy desalentados. La mayoría de los miembros pioneros de A.A. habrían tenido que ser expulsados por haber sufrido demasiadas recaídas; o porque sus costumbres eran demasiado relajadas; o porque tenían no solamente dificultades alcohólicas, sino también mentales. O, lo crea o no, porque no provenían de las llamadas “mejores”

clases de la sociedad. Nosotros los “ancianos” podríamos haber sido excluidos por no haber leído el libro *Alcohólicos Anónimos*; o porque nuestros padrinos no quisieron responder por nosotros como candidatos. Y así, ad infinitum. Las formas en que nuestros alcohólicos dignos han tratado de juzgar a los “menos respetables” son, en retrospectiva, algo absurdas. ¡Imagínate, si puedes, un alcohólico juzgando a otro!

En alguna que otra ocasión, la mayoría de los grupos de A.A. se lanzan frenéticamente a inventar reglamentos. Además, como es de suponer, al comenzar a crecer rápidamente, un grupo se ve enfrentado con muchos problemas alarmantes. Los mendigos comienzan a mendigar. Algunos miembros se emborrachan y, a veces, hacen que otros se emborrachen con ellos. Los que tienen problemas mentales caen en depresiones o hacen denuncias paranoicas de sus compañeros. Los chismosos chismorrean u “honradamente” denuncian a los “lobos y caperucitas rojas” del grupo. Los principiantes argumentan que no son alcohólicos y, sin embargo, siguen viniendo. Los “recaídos” se aprovechan del buen nombre de A.A. para conseguir empleos. Otros miembros rehúsan aceptar todos los Doce Pasos del programa de recuperación. Otros van aún más lejos, alegando que “todo esto de Dios” es una tontería y completamente innecesario. Bajo estas circunstancias, nuestros miembros conservadores que se atienen al programa se alarman. Les parece imperativo controlar estas peligrosísimas condiciones; si no, A.A. sin duda se vendrá abajo. Se preocupan por el bien del movimiento.

En este punto, el grupo llega a la fase caracterizada por la elaboración de reglamentos. Con entusiasmo, se aprueban estatutos, cartas constitutivas, y requisitos referentes a la pertenencia, y se cede a un comité la autoridad para eliminar los “indeseables” y para castigar a los malvados. Entonces, los Ancianos del Grupo, ya vestidos de autoridad, se ponen diligentemente a trabajar. A los recalcitrantes, los echan a las tinieblas infernales; los entrometidos respetables tiran piedras a los pecadores. Y, en cuanto a los llamados pecadores, o insisten en quedarse, o forman un nuevo grupo. O tal vez se unen a un grupo más agradable y menos intolerante de su vecindad. Los ancianos pronto se dan cuenta de que los nuevos reglamentos no funcionan bien. La mayoría de los intentos de hacerlos cumplir suscitan una tan gran oleada de disensión e intolerancia dentro del grupo, que se reconoce

esta situación como más perjudicial para la vida del grupo que lo fuera la peor que los peores hubieran hecho nunca.

Pasado un tiempo, los temores y la intolerancia se apaciguan. El grupo sobrevive ileso. Todo el mundo ha aprendido mucho. Por eso, hoy en día, muy pocos se preocupan de cómo un principiante podría afectar nuestra reputación o eficacia. Los que recaen, los que mendigan, los que chismorean, los que tienen trastornos mentales, los que se rebelan contra el programa, los que se aprovechan de la fama de A.A. — muy raras veces perjudican al grupo de A.A. por mucho tiempo. Y algunos de ellos han llegado a ser nuestros más respetados y más amados miembros. Otros se han quedado para poner a prueba nuestra paciencia; pero se han mantenido, no obstante, sobrios. Otros se han alejado. Hemos llegado a considerar a estas personas no como amenazas, sino como nuestros maestros. Nos obligan a cultivar la paciencia, la tolerancia y la humildad. Finalmente, nos percatamos de que son simplemente gente más enferma que el resto de nosotros, y que nosotros los que los condenamos, somos los Fariseos cuya falsa rectitud causa un más profundo perjuicio espiritual al grupo.

Cada A.A. veterano se estremece al recordar los nombres de aquellos a quienes, una vez, él condenó; la gente que él con seguridad predijo nunca lograría la sobriedad; la gente que él estuvo seguro debían ser echados de A.A. para el bien del movimiento. Ahora que muchas de estas mismas personas ya se han mantenido sobrias durante muchos años, y puede que se cuenten entre sus más íntimos amigos, el veterano se dice a sí mismo: “¿Qué habría pasado si todos hubieran juzgado a estas personas como lo hacía yo? Si A.A. les hubiera cerrado la puerta, ¿dónde estarían hoy?”

Esta es la razón por la cual juzgamos cada vez menos al principiante. Si *para él*, el alcohol es un problema inmanejable y *él* quiere hacer algo al respecto, no le requerimos más. No nos importa en absoluto que su caso sea grave o leve, que sus costumbres sean rectas o relajadas, que tenga o no otras complicaciones. La puerta de A.A. está abierta de par en par, y si entra y se pone a hacer algo para remediar su problema, le consideramos un miembro de A.A. No firma ningún contrato ni convenio; no se compromete a hacer nada. No le exigimos nada. El se une a nosotros diciéndolo. Hoy día, en la mayoría de los grupos, no tienen ni siquiera que admitir que es un alcohólico. Puede unirse a A.A.

con sólo tener una mera sospecha de que lo sea, de que ya muestre los síntomas mortales de nuestra enfermedad.

Por supuesto, éste no es el estado universal de cosas en A.A. Hay todavía reglamentos que se imponen a los miembros. Si un miembro persiste en llegar borracho a las reuniones, puede que sea llevado afuera; puede que pidamos a alguien que lo aleje. No obstante, en la mayoría de los grupos, puede volver al día siguiente, si se presenta sobrio. Aunque le pueden echar de un club, a nadie se le ocurriría echarle de A.A. Sigue siendo miembro de A.A. mientras que lo diga. Aunque este amplio concepto de la pertenencia a A.A. no es todavía de unánime aceptación, representa la corriente principal del pensamiento de A.A. No queremos privar a nadie de la oportunidad de recuperarse del alcoholismo. Deseamos ser tan inclusivos como podamos, nunca exclusivos.

Tal vez esta tendencia significa algo mucho más profundo que un mero cambio de actitud hacia la cuestión de pertenencia. Tal vez significa que estamos liberándonos de todo temor de las tempestades que a veces azotan nuestro mundo alcohólico; tal vez atestigua nuestra confianza en que a cada tormenta seguirá una calma, calma que es más comprensiva, más compasiva, más tolerante que cualquiera que hayamos conocido nunca.

LOS HOSPITALES Y A.A.

Extractos de artículo "Hospitalización Apropiaada" por Bill W., publicado en Grapevine en 1947 . . . comentarios de base para la Sexta Tradición.

Muchos sanatorios y hospitales privados son necesariamente demasiado costosos para el alcohólico médio. Siendo muy pocos los hospitales públicos, y las casas de descanso e instituciones religiosas a menudo poco disponibles, el grupo medio ha tenido dificultades en encontrar instalaciones en donde se pueden hospitalizar a los posibles miembros por unos cuantos días a un precio asequible.

Esta urgencia ha tentado a algunos A.A. a establecer sus propias "estaciones de secado", empleando a gerentes y enfermeras A.A. y contratando los servicios de un médico que hace visitas periódicas. En los casos en que esto se ha hecho bajo los auspicios directos de un grupo de A.A., casi siempre han fracasado. Ha resultado que los A.A. montan un negocio, un tipo de negocio con el cual muy contados A.A. tienen la requerida familiaridad. Demasiadas personalidades que se chocan, muchas manos en el plato haciendo garabato, situación que normalmente lleva al abandono de estos esfuerzos. Nos ha hecho darnos cuenta de que un grupo de A.A. es, primordialmente, una entidad espiritual; de que, como grupo, cuanto menos se dediquen a los negocios, mejor. A propósito de este tema debemos mencionar el hecho de que casi todos los proyectos inventados por los grupos para financiar o asegurar las cuentas hospitalarias de sus miembros compañeros también han fracasado. No es únicamente que estos préstamos quedan sin pagar, sino que también surge la pregunta dentro del grupo en cuanto a quiénes los merecen.

En otros casos, los grupos de A.A. impulsados por una necesidad apremiante de ayuda médica, han emprendido campañas públicas para recoger dinero para establecer "hospitales de A.A." en sus

comunidades. Casi sin excepción, estos esfuerzos fallan. Dichos grupos no solamente tienen la intención de montar un negocio hospitalario, sino también la de financiar la empresa solicitando fondos al público en nombre de *Alcohólicos Anónimos*. Inmediatamente, se plantean todo tipo de dudas; los proyectos se atascan. Los A.A. conservadores se dan cuenta de que las empresas comerciales o las solicitudes al público que llevan el aval de A.A., son verdaderamente peligrosas para todos nosotros. Si esta práctica se generalizara, la tapadera estaría abierta. Los promotores, de A.A. y otros, tendrían carta blanca.

La búsqueda de tratamiento médico comprensivo y a precio razonable ha engendrado otra clase de instalaciones. Estas son las granjas de descanso y estaciones de secado, dirigidas por los A.A. individuales, bajo la adecuada supervisión médica. Estas han resultado mucho más satisfactorias que los proyectos dirigidos por los grupos. Como es de suponer, el éxito que tienen, está en proporción exacta con la habilidad directorial y la buena fe del A.A. encargado. Si es

TprmTJ01 1-0.0 Tw1-21237

hoy día. ¡Lo graves que nos parecieron en aquel entonces! Los “dictadores” trataban de imponerse; los borrachos se caían al suelo o trastornaban las reuniones; los “comités directivos” intentaban proponer a sus amigos como candidatos para sucederles y, con gran consternación suya, descubrían que no se podía “dirigir” ni siquiera a los borrachos sobrios. De vez en cuando, difícilmente recogimos lo suficiente como para cubrir el alquiler; los jugadores de cartas se hacían los sordos a cualquier sugerencia de que hablaran con los recién llegados (hoy en día, la mayoría de los clubes han abandonado los juegos de cartas); las secretarías se fastidiaban las unas a las otras. Se estableció una corporación para asumir la responsabilidad del contrato de, alquiler y teníamos así “oficiales”. ¿Debían estos “directores” dirigir el club, o lo debía dirigir el comité rotativo de A.A.?

Tales eran nuestros problemas. El uso del dinero, la necesidad de un cierto grado de organización para el club y la atestada intimidad del lugar crearon situaciones que no habíamos previsto. La vida del club todavía nos ofrecía grandes placeres. Pero tenía también sin duda sus inconveniencias. ¿Valía la pena los riesgos y las molestias? La respuesta fue sí, ya que el Club de la Calle 24 seguía en funcionamiento y ahora está ocupado por los A.A. marineros. Tenemos además otros tres clubs en esta área, y se está considerando establecer un cuarto.

Nuestro primer club fue conocido, por supuesto, como un “club de A.A”. La corporación arrendataria se llamó “*Alcohólicos Anónimos* de Nueva York, S.A.” Más tarde, nos dimos cuenta de que habíamos constituido en sociedad el Estado de Nueva York en su totalidad — un error recientemente corregido. Nuestra asociación debía haberse referido únicamente a la Calle 24, por supuesto. En todas partes del país, la mayoría de los clubs han comenzado como el nuestro. Al principio, los consideramos como instituciones centrales de A.A. La experiencia de años posteriores siempre acarrea un cambio de perspectiva — cambio muy deseable según nos parece ahora.

Por ejemplo, en sus primeros días el club A.A. de Manhattan tenía miembros provenientes de todas partes del área metropolitana, incluyendo a New Jersey. Pasado un tiempo, decenas de grupos brotaron en nuestros distritos suburbanos. Se consiguieron lugares de reunión más accesibles. Nuestros amigos de New Jersey establecieron su propio club. Así que estos grupos alejados del

“centro”, engendrados originalmente por el club de Manhattan, comenzaron a atraer a centenares de miembros que no se sentían vinculados a Nueva York, ni por conveniencia, inclinación o sentimiento nostálgico. Tenían sus propios amigos de A.A. locales, sus propios lugares de reunión de fácil acceso. No les interesó Manhattan.

Esta falta de interés les fastidió bastante a los neoyorquinos. Visto que les habíamos alimentado, ¿no era apropiado que estuviéramos interesados? Nos desconcertó su rechazo de considerar el club de Manhattan como el centro de A.A. para el área metropolitana. Efectuábamos reuniones centrales, con oradores invitados de otros grupos. Teníamos una secretaria a sueldo que atendía el teléfono en el club, respondiendo a las solicitudes de ayuda y tomando disposiciones para hospitalización para todos los grupos del área. Naturalmente, creíamos que los grupos de los distritos suburbanos debían contribuir al sostenimiento del club de Manhattan. Los hijos decentes deben cuidar a sus “padres”. No obstante, fueron en vano nuestras súplicas parentales. Aunque muchos miembros de fuera de Nueva York contribuyeron individualmente, sus grupos respectivos no nos enviaron ni un centavo.

Luego, cambiamos de rumbo. Aunque los grupos suburbanos no quisieron sostener el club, quizá no les importaría pagar el sueldo de la secretaria. En realidad, ella estaba haciendo un trabajo “de área”. Esta era claramente una petición razonable. Pero nunca suscitó la respuesta esperada. Ellos, en su mente, no podían separar “la secretaria de área” del “club de Manhattan”. Por lo tanto, durante mucho tiempo, nuestras necesidades de área, nuestros problemas comunes de A.A. y la dirección de nuestro club estuvieron enmarañados financial y psicológicamente.

Poco a poco, la maraña fue desenredándose, a medida que fuimos dándonos cuenta de que los clubs debían ser asunto únicamente de aquellos que los quieren especialmente y que están dispuestos a pagar por ellos. Empezamos a reconocer el hecho de que la dirección de un club entraña asuntos de negocios importantes, que debe ser constituida en sociedad separadamente y bajo otra denominación — por ejemplo, Alanon, que los “directores” de la corporación del club deben ocuparse solamente de los asuntos del Club; que un grupo de A.A., como tal, nunca debe meterse en el manejo activo de una empresa de negocios. Nuestras febrilmente agitadas experiencias nos han enseñado que, si

un comité rotativo de A.A. trata de imponerse a la corporación del club, o si ésta trata de dirigir los asuntos de A.A. de los grupos que se reúnen en el club, inmediatamente se plantean dificultades. La única forma que hemos encontrado para remediar esta situación *es la de separar lo material de lo espiritual*. Si un grupo de A.A. desea reunirse en un club, debe contribuir a pagar el alquiler o repartir el dinero que se recoge en la colecta con la dirección del club. Puede que esto parezca absurdo a un grupo pequeño que está abriendo su primer local, ya que por el momento, los miembros del grupo serán también los miembros del club. No obstante, es recomendable constituir en sociedad el club al comienzo, porque así se evitará mucha confusión después, cuando otros grupos se formen en el área.

A menudo se hacen preguntas, tales como “¿Quiénes son los que eligen los directores de negocios del club?” “La pertenencia a un club, ¿se difiere de la pertenencia a un grupo de A.A.?” “¿Cómo se financian o se sostienen a los clubs?” Ya que las costumbres varían de un lugar a otro, no tenemos todavía las respuestas. Las siguientes sugerencias parecen ser las más razonables: todo miembro de A.A. debe ser libre de aprovechar los privilegios ordinarios de un club de A.A., ya sea que haga una contribución regular o no. Si contribuye regularmente, debe además tener derecho a votar en las reuniones de negocios en las cuales se eligen los directores de negocios de la corporación del club. De esta manera todos los clubs estarían abiertos a todos los A.A. Pero la dirección de negocios del club estaría limitada a los que tuvieran el suficiente interés como para contribuir regularmente al sostenimiento del club. A propósito de esto, debemos recordarnos a nosotros mismos que en A.A. no pagamos honorarios ni cuotas obligatorias. No obstante, se debe añadir que, ya que los clubs se están haciendo empresas privadas y separadas, sus miembros los pueden dirigir conforme a otras normas, si así lo desean.

El aceptar grandes cantidades de dinero *de cualquier fuente* para comprar, construir o financiar un club casi siempre desembocará en problemas. La sollicitación de fondos al público es, por supuesto, peligrosísima. El completo automantenimiento de los clubs, así como de toda entidad o actividad relacionadas con A.A., está llegando a ser nuestra práctica universal.

La evolución de los clubs nos está enseñando además que, salvo en las comunidades pequeñas, es probable que los clubs no seguirán siendo los cen-

tros principales de la actividad de A.A. Comenzando como el centro principal para una ciudad, muchos clubs se van trasladando a locales cada vez más grandes, con la aspiración de seguir celebrando dentro de sus muros la reunión principal del área. No obstante, las circunstancias acaban defraudando sus esperanzas.

La primera circunstancia es que A.A., al continuar creciendo, desbordará la capacidad de cualquier club. Tarde o temprano, será necesario trasladar la reunión central o principal a un auditorio más grande. En el club no caben tantas personas. Este hecho lo debemos contemplar sobriamente cuandoquiera que consideremos comprar o constituir un local grande para el club. Hay otra circunstancia que con casi toda seguridad dejará a los clubs en una posición “excéntrica”, especialmente en las grandes ciudades: Tenemos una fuerte tendencia a encargar la gestión de asuntos comunes de A.A. en los centros metropolitanos a un comité central o de intergrupo. En cada área, tarde o temprano, nos damos cuenta de que tales asuntos como las reuniones de intergrupo, las disposiciones hospitalarias, las relaciones públicas locales, la oficina central para entrevistas e información, son de interés a todos los A.A., ya sea que tengan ocasión o deseo de utilizar los clubs o no. Siendo estos asuntos estrictamente de A.A., es necesario elegir y financiar un comité central de intergrupo para ocuparse de ellos.

Los grupos de un área, por lo general, estarán dispuestos a mantener estas actividades verdaderamente centrales, contribuyendo con fondos del grupo. Incluso cuando el club aún tiene cabida suficiente para las reuniones de intergrupo y cuando se siguen celebrando allí, el centro de gravedad del área se trasladará acercándose al comité de intergrupo y sus actividades centrales. El club queda definitivamente aparte, donde, según opinan muchos, debe estar. Dirigidos y sostenidos activamente por quienes los quieren, los clubs pueden ser “dejados o tomados”.

Si tiene una pregunta relacionada con clubs escribanos pidiendo “Las Guías de A.A.: La Relación entre A.A. y Clubs”, disponible gratis en la OSG.

LOS PELIGROS DE VINCULAR A.A. CON OTROS PROYECTOS

—1947—

Peligros reconocidos por las Tradiciones Seis y Ocho

Nuestra experiencia de A.A. ha venido planteándonos las siguientes preguntas importantes, que no tienen todavía una respuesta definitiva. La primera es: ¿Debe A.A. en su totalidad entrar en las esferas ajenas de hospitalización, investigación científica y educación no polémica acerca del alcoholismo? La segunda: “Un miembro de A.A., actuando estrictamente como particular, ¿tiene razón para aportar a tales empresas, su experiencia y conocimientos especiales? Y la tercera: Si un miembro de A.A. trabaja en estos aspectos del problema total del alcoholismo, ¿cuáles serían las condiciones apropiadas para su trabajo?”

Respecto a estas preguntas, se oye una variedad casi infinita de opiniones en los grupos de A.A. Por lo general, se pueden clasificar en tres categorías: la de “hacerlo todo”; la de “hacer algo”; y la de “no hacer nada”.

Tenemos miembros que tanto se preocupan de que nos enmarañemos en estas actividades o de que nos exploten de alguna forma, que quieren que seamos una corporación estrictamente cerrada. Ejercerían la presión más fuerte posible para impedir a los A.A. que hagan cualquier esfuerzo respecto al problema global del alcoholismo, ya sea que lo hagan como individuos o como grupos — con excepción, por supuesto, de su acostumbrado trabajo de A.A. Ven el espectro del Movimiento Washingtoniano que prosperó por un tiempo entre los alcohólicos de hace un siglo, y terminó desintegrándose, debido, en parte, a que sus miembros militaban en favor de la abolición, la prohibición, etc. Estos A.A. están convencidos de que, cueste lo que cueste, tenemos que mantener nuestro aislamiento, y

ocuparnos únicamente de lo nuestro, para evitar el mismo peligro.

Tenemos también al miembro que le gustaría que lo hiciéramos todo con respecto al problema del alcoholismo en su totalidad — a cualquier hora, en cualquier sitio, de cualquier forma. Su entusiasmo le hace creer no solamente que su querida A.A. es una panacea para todos los borrachos, sino que también tenemos una solución para todo y todos los que tienen que ver con el alcohol. Cree firmemente que A.A. debe apoyar, tanto con su nombre como con sus recursos económicos, cualquier proyecto de investigación científica, educación o tratamiento que sean de primera categoría. Viendo que, hoy en día, A.A. aparece en la primera plana de noticias, él mantiene que debemos permitir liberalmente a otros que aprovechen nuestra buena fama. Dice: “¿Por qué no debemos manifestar públicamente nuestro apoyo? Se podrían recoger millones de dólares fácilmente, para hacer buenas obras en el campo del alcoholismo”. A veces, el juicio de este entusiasta está oscurecido por el deseo que tiene de crearse una carrera. No obstante, estoy seguro de que, para la mayoría de los que se entusiasman tan precipitadamente, es una cuestión de pura exhuberancia, más, en muchos casos, un sentimiento profundo de responsabilidad social. Así que tenemos los entusiastas y los ultraprudentes: los de “hacerlo todo” y los de “no hacer nada”. Pero el miembro medio de A.A. no se preocupa tanto como lo hacía en el pasado por estos fenómenos. Sabe que, del calor y el humo, vendrá la luz. Pronto surgirá una política bien informada que todos puedan aprobar. Sometida a la prueba del tiempo, esta política, si se muestra acertada, se convertirá en una tradición de A.A.

A veces, he temido que A.A. no elaborara nunca una política factible. Y este temor no se aliviaba a medida que mis propias opiniones iban cambiando, con completa inconsecuencia, de un extremo a otro. Debería haber tenido más fe. La luz de nuestra experiencia está empezando a brillar con la suficiente intensidad para que podamos ver claramente; para que podamos decir con seguridad lo que podemos hacer y lo que no podemos hacer con respecto a la educación, la investigación científica, etc.

Por ejemplo, podemos decir categóricamente que, ni A.A. en su totalidad, ni cualquier grupo de A.A. deben involucrarse en ninguna actividad que no sea el trabajo acostumbrado de A.A. Como gru-

pos, no podemos apoyar, financiar ni afiliarnos a ninguna causa, por muy noble que sea; no podemos asociar el nombre de A.A. con ninguna otra empresa en el campo del alcoholismo, hasta causarle al público la impresión de que hayamos abandonado nuestro objetivo. Tenemos que disuadir a nuestros miembros y nuestros amigos de utilizar el nombre de A.A. cuando hacen publicidad o solicitan contribuciones. El comportarnos de otra manera pondría en peligro nuestra unidad, y nuestra responsabilidad más importante, tanto hacia nuestros hermanos alcohólicos como hacia el público en general, es la de mantener nuestra unidad. La experiencia, según creemos, ya ha puesto de manifiesto estos principios.

Aunque ahora abordamos cuestiones más discutibles, tenemos que preguntarnos con toda sinceridad si cualquiera de entre nosotros, como particular, debe llevar y aplicar nuestras experiencias especiales a otros aspectos del problema del alcoholismo. ¿No le debemos esto, al menos, a la sociedad? y ¿es posible hacerlo sin comprometer a Alcohólicos Anónimos en su totalidad?

A mi parecer, la política de “no hacer nada” es ahora impensable, debido en parte a mi convicción de que nuestros miembros pueden trabajar en otras actividades no polémicas en el campo del alcoholismo sin poner en peligro a la Comunidad, si toman algunas sencillas precauciones; y en parte, porque he llegado a creer profundamente que el hacer menos sería privar a la sociedad entera de las aportaciones inmensamente valiosas que, con casi toda seguridad, podríamos hacer. Aunque somos miembros de A.A. y A.A. tiene que tener prioridad, somos también ciudadanos del mundo. Además, como nuestros amigos los médicos, estamos obligados por honor a compartir todo lo que sabemos con toda la humanidad.

Por lo tanto me parece justo que algunos de nosotros respondamos a la llamada que nos llega de otros campos. Y aquellos que respondan, tienen que recordar únicamente que son, antes que nada, miembros de A.A.; que en sus nuevas actividades son solamente individuos. Esto supone que respeten el principio de anonimato ante la prensa; que si se presentan ante el público en general, no se describan como miembros de A.A.; y que se abstengan de destacar el hecho de que son miembros de A.A. cuando hacen publicidad o solicitudes de fondos.

Estos sencillos principios de conducta, si son concienzudamente observados, podrían disipar

todas las dudas, razonables o irrazonables, que los A.A. ahora tienen. De esta manera, A.A. en su totalidad podría mantener relaciones amistosas, sin compromisos, con cualquier causa no polémica que esté tratando de escribir una página más brillante en los oscuros anales del alcoholismo.

Para resumir, estoy bastante seguro de que nuestra política respecto a los proyectos “ajenos” llegará a ser la siguiente: A.A. no patrocina proyectos en otros campos. No obstante, si dichos proyectos son constructivos y de carácter no polémico, los miembros de A.A. son libres de participar en ellos, sin crítica, si lo hacen únicamente como ciudadanos particulares, y si tienen cuidado de no comprometer el nombre de A.A.” Tal vez lo resolveremos así nada más. ¿Lo probamos?

EL DINERO

—1946—

(Lo que condujo a la redacción de la Séptima Tradición)

En Alcohólicos Anónimos, ¿es el dinero lo que hace bailar al perro, o la raíz del mal? Estamos en el proceso de resolver este acertijo. Nadie pretende tener la respuesta completa. Estamos buscando el punto del “espacio espiritual” en el que termina el uso adecuado del dinero y empieza el abuso. Son muy contados los problemas del grupo que les preocupen más que éste a los miembros serios de A.A. Todo el mundo hace la pregunta: “¿Cuál debe ser nuestra actitud hacia las contribuciones voluntarias, los trabajos asalariados, el profesionalismo, y las donaciones de fuentes ajenas?”

Durante los primeros años de A.A., no teníamos problemas con el dinero. Nos reuníamos en nuestras casas, donde nuestras mujeres nos preparaban el café y los bocadillos. Si algún miembro de A.A. quería conceder una pequeña “subvención” a un compañero alcohólico, lo hacía. Era exclusivamente asunto suyo. No teníamos fondos de grupo y por eso no teníamos problemas con el dinero del grupo. Y hay que hacer constar que muchos de los veteranos de A.A. desearían poder retornar a aquellos días alciónicos de sencillez. Ya que nos damos cuenta de que las disputas por cosas materiales han acabado aplastando el espíritu de muchas empresas bien intencionadas, a menudo se piensa que demasiado dinero resultará ser un mal para nosotros también.

No sirve de mucho ansiar por lo imposible. El dinero ahora *figura* en nuestros asuntos y *nos hemos comprometido* a su uso prudente. Nadie consideraría seriamente abolir nuestros locales de reunión y clubs a fin de evitar todo lo que tiene que ver con el dinero. La experiencia nos ha enseñado que tenemos una gran necesidad de estas instalaciones, de

manera que tenemos que aceptar cualquier riesgo envuelto en tenerlas.

Pero ¿cómo podemos minimizar estos riesgos? ¿Cómo limitar por tradición el uso de dinero para que no derrumbe nunca los fundamentos espirituales, de los que depende completamente la vida de cada miembro de A.A.? Este es hoy nuestro verdadero problema. Echemos una mirada a los elementos principales de nuestra situación financiera, tratando de distinguir lo esencial de lo que no lo es, lo legítimo e inofensivo de lo que puede ser peligroso e innecesario.

Comencemos con las contribuciones voluntarias. Cada A.A. pone dinero en “el sombrero” para pagar el alquiler de una sala de reuniones o un club, o para el mantenimiento de su oficina local o de la sede nacional. Aunque no todos estamos en favor de los clubs, y unos cuantos miembros no creen necesario tener una oficina local o nacional, se puede decir con razón que la gran mayoría de nosotros opinamos que estos servicios son fundamentalmente necesarios. Con tal de que sean manejados eficientemente, y de que se lleven las cuentas de una forma responsable, estamos bien dispuestos a comprometernos a apoyarlos asiduamente, provisto que, por supuesto, no se consideren nuestras contribuciones como una condición para ser miembro de A.A. Estos usos de nuestro dinero son, por lo general, aprobados y, con algunas reservas, no vemos ningún motivo de temer que nos acarreen posibles malas consecuencias en el futuro.

No obstante, subiste alguna inquietud, principalmente con relación a nuestros clubs, oficinas locales y la Oficina General. Debido a que estas entidades normalmente emplean a trabajadores asalariados, y que sus operaciones suponen, hasta cierto grado, la dirección de negocios, algunos miembros se preocupan por la posibilidad de que nos atasquemos en una burocracia pesada o, peor aún, por la posible profesionalización de A.A. Aunque estas dudas no son siempre irrazonables, ya hemos tenido la suficiente experiencia como para aliviarlas en gran parte.

Primero, parece ser casi seguro que nuestros clubs, oficinas locales y la Oficina General en Nueva York, no nos abrumarán nunca. Su función es prestar servicios; no pueden controlar ni gobernar a A.A. Si cualquiera de ellos resultara ineficaz, o se volviera imperioso, tendríamos un remedio sencillo. El A.A. medio dejaría de hacer su contribución, hasta que se cambiaran las condiciones.

Debido a que *nuestra pertenencia a A.A. no depende de ninguna cuota ni honorario*, siempre tenemos la opción de “tomar o dejar” nuestras instalaciones especiales. La alternativa que se presenta a estos servicios es servirnos bien o fracasar. Ya que nadie está obligado a mantenerlos, no pueden nunca dictar órdenes, ni pueden desviarse por mucho tiempo de lo esencial de la tradición de A.A.

En conexión directa con el principio de “tomar o dejar nuestras instalaciones especiales”, existe una tendencia alentadora a constituir en sociedad separadamente todas estas entidades especiales si suponen una gran cantidad de dinero, propiedad o administración. Cada vez más, los grupos de A.A. se está percatando de que son entidades espirituales y no organizaciones comerciales. Por supuesto, los clubs o locales de reunión más pequeños quedan a menudo sin constituirse en sociedad, porque su participación en asuntos de negocios sólo es nominal. Sin embargo, a medida que van experimentando un crecimiento grande, por lo general juzgan conveniente hacerlo, separando así el club de los grupos de la misma localidad. *Entonces, el mantenimiento del club llega a ser un asunto personal y no un asunto del grupo*. Pero si los grupos del área circundante disponen, a través del club, de los servicios de una secretaria de la oficina central, parece justo que dichos grupos sufraguen este gasto, porque la secretaria sirve a todos los grupos, aunque el mismo club no lo haga. Nuestro desarrollo en los centros grandes de A.A. está empezando a indicar claramente que, aunque es apropiado que un conjunto de grupos, o su comité central pague el sueldo de la secretaria asalariada de su área, no es una responsabilidad de los grupos, ni del comité central mantener los clubs económicamente. No todos los A.A. se interesan en los clubs. Por lo tanto, los fondos para mantener los clubs deben provenir de los A.A. individuales que los necesitan o a quienes les gustan los clubs — individuos que constituyen, a propósito, una mayoría. No obstante, la mayoría no debe tratar de coaccionar a la minoría a mantener los clubs que no quiere ni necesita.

Por supuesto, los clubs también reciben ayuda a través de las reuniones que se celebran en el local. En los casos en que las reuniones centrales de un área tienen lugar en un club, normalmente se reparte el dinero de la colecta entre el club y el comité central, la parte mayor, por supuesto, asignada al club, ya que éste proporciona el local. Cualquier grupo que desee utilizar el local, ya sea para una reunión o una diversión, puede concertar un parecido

acuerdo con el club. Por lo general, la junta de directores del club se ocupa de la administración económica y de la vida social del local. No obstante, los grupos del área siguen siendo los responsables de los propios asuntos de A.A. Esta separación de las actividades no es en absoluto una regla universal; lo ofrecemos únicamente como una sugerencia que, por otra parte, refleja bien las tendencias actuales.

Un club grande o una oficina central supone, por lo general, uno o algunos trabajadores asalariados. ¿Qué me dicen de ellos? ¿Están profesionalizando A.A.? Sobre esta cuestión se debate acaloradamente cada vez que un club o un comité central se vuelve lo suficientemente grande como para necesitar trabajadores a sueldo. Acerca de este tema, todos hemos tenido gran cantidad de borrosas reflexiones. Yo me encontraría entre los primeros en declararme culpable de esta acusación.

El motivo de lo borroso de nuestro pensamiento es el de siempre, o sea el temor. Para cada uno de nosotros, el ideal de A.A., por muy lejos que nos encontremos de alcanzarlo, es toda belleza y perfección. Es un poder superior a nosotros mismos que nos ha rescatado de la arena movediza, y nos ha llevado a tierra firme. La más lejana posibilidad de empañar este ideal, sin mencionar la de trocarlo por oro, es para la mayoría de nosotros impensable. Por eso, estamos siempre alertas para que no surja dentro de A.A. una clase de profesionales o misioneros pagados. En A.A. todos somos por derecho propio gentes que profesan la buena voluntad y misioneros, y no hay necesidad alguna de pagar a nadie por hacer el trabajo de Paso Doce — una obra puramente espiritual. Aunque supongo que el temor en cualquier forma es deplorable, tengo que admitir que me agrada bastante que ejerzamos tanta vigilancia respecto a este asunto crucial.

No obstante, creo que hay un principio que nos servirá para resolver nuestro dilema honradamente. Es este: un limpiador puede fregar el sueldo, un cocinero puede asar la carne, un portero puede echar a los alborotadores borrachos, un secretario puede manejar una oficina, un editor puede publicar un boletín — todos, no lo dudo, sin profesionalizar a A.A. Si no hiciéramos estos trabajos nosotros mismos, tendríamos que emplear a gente no A.A. para hacerlos por nosotros. No pediríamos a ninguna persona no A.A. que los hiciera a jornada completa sin pago. Entonces, ¿por qué algunos de nosotros que ganamos una vida cómoda en el mundo exterior, esperamos que otros A.A. se de-

diquen a ser porteros, o secretarios o cocineros a jornada completa? ¿Por qué deben ellos trabajar sin sueldo en tareas que el resto de nosotros no podríamos o querríamos hacer? O, ¿por qué deben estos trabajadores recibir un sueldo más bajo que el que podrían ganar en otra parte por un trabajo parecido? ¿Y qué más daría si, mientras hacen su trabajo, hicieran además algún trabajo de Paso Doce? El

de dólares. Por eso, se está difundiendo por toda la Comunidad un fuerte sentimiento de que A.A. debe mantenerse completamente a sí misma. Ya que la mayoría de los miembros creen deber sus propias vidas al movimiento, opinan que nosotros los A.A. debemos pagar sus muy módicos gastos. Y dicen: ¿No es hora ya de empezar a cambiar la idea de que el alcohólico es siempre una persona que necesita ser ayudada, y normalmente con dinero? Dicen: Dejemos de ser los que toman de la sociedad. Seamos los que dan. Ya no somos incapaces.

Tampoco estamos ya sin dinero. Si fuera posible publicar mañana que cada grupo de A.A. hubiera logrado su completo automantenimiento, es probable que esto crearía hacia nosotros más buena voluntad que cualquier otra noticia pudiera crear. Dejemos que el generoso público contribuya con sus fondos a investigaciones científicas sobre el alcoholismo, a la hospitalización o a la educación. Estas empresas tienen una necesidad innegable de dinero. Nosotros no. Ya no somos pobres. Podemos y debemos pagar por nosotros mismos.

Por supuesto, no se puede considerar como una excepción al principio del automantenimiento, el que un amigo no alcohólico, presente en una reunión, eche un dólar en el sombrero.

No son estas muestras de reconocimiento las que nos preocupan, sino las contribuciones más grandes, especialmente aquellas que pueden acarrear obligaciones futuras. Además, hay indicios de que algunas personas adineradas no están reservando dinero en sus testamentos, teniendo la impresión de que, si tuviéramos grandes cantidades de dinero, las podríamos utilizar. ¿No debiéramos disuadirles de hacerlo? Y ya se han hecho algunos intentos alarmantes de solicitar fondos en nombre de Alcohólicos Anónimos. Son contados los A.A. que no puedan ver a dónde esta práctica nos podría llevar. A veces, nos ofrecen dinero tanto los de en pro como los de en contra de la abstinencia del alcohol. Claramente peligroso, esto. Porque tenemos que mantenernos alejados de esta desgraciada polémica. De vez en cuando, los padres de un alcohólico, por pura gratitud, quieren hacer una donación considerable. ¿Es esto prudente? ¿Le haría algún bien al propio alcohólico? O quizás un miembro acomodado desee hacernos un regalo sustancial. Si lo hiciera, ¿le resultaría bien a él? ¿O a nosotros? ¿No podría ser que nos sintiéramos endeudados con él, o que él, especialmente si es un recién llegado, creyera que había pagado el billete a su destino feliz — la sobriedad?

No hemos tenido nunca ninguna razón de poner en duda la generosidad sincera de esta gente. No obstante, ¿es prudente aceptar sus donaciones? Aunque hayan algunas raras excepciones, comparto con la mayoría de los A.A. veteranos, la opinión de que el aceptar grandes contribuciones de cualquier fuente es muy arriesgado y casi siempre peligroso. Puede ser que un club se encuentre apretado de dinero, necesitando una donación o un préstamo amistoso. Aun así, a la larga, sería probablemente mejor ir pagandolo todo por nosotros mismos. No debemos permitir nunca que ninguna ventaja inmediata, por muy atractiva que sea, nos deslumbre de manera que no veamos la posibilidad de que estemos sentando un precedente catastrófico para el futuro. Con demasiada frecuencia, las disensiones internas a causa del dinero y la propiedad han destrozado sociedades mejores de la que formamos nosotros, los alcohólicos temperamentales.

Con la gratitud y satisfacción más profundas, les puedo comunicar una resolución aprobada recientemente por nuestro comité general de servicio, los custodios de la Fundación Alcohólica, quienes son los fideicomisarios de nuestros fondos nacionales de A.A. Han hecho constar por escrito que, como cuestión de principio, se negarán a recibir todo donativo que acarree la menor obligación, expresa o implícita. Y además, que la Fundación Alcohólica no aceptará ningún dinero ofrecido por cualquier entidad comercial. Como ya sabrán la mayoría de los lectores, algunas empresas pelicularas nos han abordado recientemente para discutir sobre la posibilidad de producir una película acerca de A.A. Naturalmente, el dinero ha sido mencionado. Pero nuestros custodios, con razón, creo, han tomado la postura de que A.A. no tiene nada que vender; que deseamos evitar incluso la más ligera implicación de comercio; y que, de todos modos, A.A. es ahora, por lo general, una Comunidad automantenida.

A mi parecer, esta es una decisión de alta importancia para nuestro futuro — un gran paso adelante. Cuando esta actitud hacia el dinero haya sido adoptada universalmente por A.A., habremos evitado el escollo dorado y seductor, pero muy engañoso, conocido por el nombre de “materialismo”.

En los años venideros, A.A. será sometida a la prueba suprema — la de su prosperidad y su éxito. Creo que será la prueba más dura de todas. Si podemos superar la crisis, las olas del tiempo y de las circunstancias nos azotarán en vano — nuestro destino estará asegurado.

A.A. Y EL ALCOHOLISMO

Esta declaración de la política de A.A. respecto al público y a otras organizaciones ha sido afirmada y reafirmada por la Conferencia de Servicios Generales. Aparece también en "Cómo Cooperan los Miembros de A.A.", un folleto útil sobre la aplicación de nuestras Tradiciones a la vida de A.A.

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS es una comunidad mundial de hombres y mujeres que se ayudan unos a otros a mantener su sobriedad, y que se ofrecen para compartir libremente las experiencias de su recuperación con otras personas que puedan tener un problema con la bebida. Fundamentalmente, el programa de A.A. se compone de Doce Pasos concebidos para la recuperación personal del alcoholismo.

LA COMUNIDAD funciona a través de más de 114,000 grupos en 180 países. Centenares de miles de alcohólicos han logrado su sobriedad en A.A.; no obstante, los miembros se dan cuenta de que su programa no surte efecto siempre en todos los alcohólicos, y que algunos pueden necesitar asesoramiento o tratamiento profesional.

A.A. SE INTERESA únicamente en la recuperación personal y el mantenimiento de la sobriedad de los alcohólicos individuales que recurren a A.A. buscando ayuda. A.A. no participa en las investigaciones científicas sobre el alcoholismo, ni en el tratamiento médico o psiquiátrico, y no apoya a ninguna causa — aunque a menudo los miembros de A.A., como particulares, participan en otras actividades.

EL MOVIMIENTO ha tomado una postura de "cooperación, pero no afiliación" respecto a otras organizaciones interesadas en el problema del alcoholismo.

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS se mantiene a sí misma a través de sus grupos y miembros, y rechaza contribuciones hechas por fuentes ajenas. Los miembros de A.A. mantienen su anonimato personal ante la prensa, la radio, la TV y el cine.

¿TENDRÁ A.A. ALGÚN DÍA UN GOBIERNO PERSONAL?

—1947—

Hoy en día, la Novena Tradición dice: A.A., como tal, nunca debe ser organizado; pero podemos crear juntas o comités de servicio que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.

Con casi toda seguridad, la respuesta a esta pregunta es que no. Este es el veredicto de nuestra experiencia.

Para empezar, cada miembro de A.A. ha sido un individuo que, a causa de su alcoholismo, raramente podía gobernarse a sí mismo. Ni tampoco podía otro ser humano gobernar la obsesión del alcohólico por la bebida, ni su avidez de salirse con la suya. Incontables veces, los parientes, los amigos, los jefes, los médicos, los clérigos, los jueces, cada uno a su manera, han tratado de disciplinar a los alcohólicos. Casi sin excepción, los intentos de influir en la conducta del alcohólico por coacción han fracasado completamente. No obstante, nosotros los alcohólicos podemos ser guiados, inspirados; al unirnos a A.A., podemos someternos a la voluntad de Dios, y lo hacemos gustosamente. Por lo tanto, no es de extrañar que la única autoridad real que se encuentra en A.A. sea la de un principio espiritual. Nunca es una autoridad personal.

Nuestro individualismo irrazonable (egocentrismo, si así lo prefiere) era, por supuesto, la razón principal por la cual fracasamos en la vida y nos entregamos al alcohol. Al no poder coaccionar a otros a estar de acuerdo con nuestras ideas y deseos, bebíamos. Cuando otras personas trataban de coaccionarnos, también bebíamos. Aunque ahora nos encontramos sobrios, llevamos todavía vestigios de aquellas características que nos hacían resistir a la autoridad. En esto, probablemente, está la clave del porqué no existe ningún gobierno personal en A.A. No hay honorarios ni cuotas, ni reglas ni reglamentos; ninguna exigencia de que los alcohólicos se

sometan a los principios de A.A.; ningún individuo investido de autoridad personal sobre otro. Aunque no es una virtud resplandeciente, nuestra aversión a la obediencia contribuye mucho a asegurar que estemos libres de todo tipo de dominación personal.

No obstante, es cierto que la mayoría de nosotros, en nuestra vida personal, nos atenemos a los Doce Pasos *Sugeridos* de recuperación. Pero esto es porque así lo escogemos. Preferimos la recuperación a la muerte. Entonces, poco a poco, llegamos a darnos cuenta de que una base espiritual de la vida es la mejor. Nos conformamos con lo sugerido porque queremos hacerlo.

De la misma manera, la mayoría de los grupos de A.A. están dispuestos a atenerse a los “Doce Puntos de Tradición Para Asegurar Nuestro Futuro”. Los grupos quieren evitar las controversias sobre cuestiones ajenas, como la reforma política o religiosa; se aferran a su único objetivo de ayudar a los alcohólicos a recuperarse; dependen cada vez más del automantenimiento en vez de la caridad de gente ajena. En sus relaciones públicas, insisten cada vez más en la modestia y el anonimato. Los grupos se atienen a estos principios tradicionales por la misma razón por la que el miembro individual se atiene a los Doce Pasos para la recuperación. Los grupos se percatan de que se desintegrarían de no hacerlo, y pronto descubren que el atenerse a nuestra tradición y experiencia es la base de una vida de grupo más feliz y eficaz.

Dentro de A.A. no existe ninguna autoridad humana establecida que pueda obligar a un grupo a hacer nada. Algunos grupos, por ejemplo, eligen a sus líderes; pero aun teniendo un mandato así, cada líder descubre que, aunque puede guiar por su propio ejemplo o por persuasión, nunca puede dárseles de jefe. Si intenta hacerlo, en la siguiente votación los electores pueden abandonarlo.

La mayoría de los grupos de A.A. ni siquiera eligen a sus líderes. Prefieren tener comités rotativos para tratar sus asuntos sencillos. Estos comités siempre son considerados como servidores — tienen solamente autoridad para servir, nunca para mandar. Cada comité realiza lo que cree que son los deseos del grupo. Nada más. Aunque en el pasado los comités trataban de disciplinar a los miembros extraviados, y aunque a veces han elaborado un sistema detallado de reglas y en ocasiones, se han constituido a sí mismos como jueces de la moralidad de sus compañeros, no ha habido ningún caso que yo sepa en que estos esfuerzos aparentemente

virtuosos hayan tenido ningún efecto duradero, si no fuera ¡la elección de un nuevo comité!

Sin duda, puedo hacer estas afirmaciones con la mayor seguridad. Porque yo también, a mi vez, he tratado de gobernar A.A. y cada vez que me esforcé tenazmente por hacerlo, me hicieron desistir con un abucheo.

Después de haber luchado durante unos cuantos años por dirigir el movimiento de A.A., tuve que rendirme — sencillamente no funcionaba. Todo intento de imponer mi autoridad personal suscitó la confusión y la resistencia. Si tomaba partido en una polémica, algunos me citaban alegremente, mientras que otros murmuraban, “¿Quién se cree que es, este dictador?” Si hacía algunas críticas severas, me devolvían el doble. El poder personal siempre falló. Puedo ver sonreír a mis viejos amigos de A.A. Están recordando aquella época en la que ellos, también, se sentían llamados poderosamente a “salvar el movimiento de A.A.” de ésta o aquella amenaza. Pero ya se han terminado sus días de hacer el papel de “fariseo”. Así es que, tanto para ellos como para mí, aquellos cortos lemas de A.A.: “Tómalo con calma” y “Vive y deja vivir”, han tomado una profunda importancia y significación. De esta manera, cada uno de nosotros llega a comprender que en A.A. podemos ser únicamente servidores.

Hace mucho tiempo que nosotros aquí en la Oficina Central nos damos cuenta de que podemos únicamente suministrar algunos servicios indispensables. Podemos facilitar información y literatura; podemos comunicar, generalmente, la opinión de la mayoría de los A.A. referente a nuestros problemas actuales; podemos ayudar a nuevos grupos a ponerse en marcha, dándoles consejo si nos lo piden; podemos vigilar las relaciones públicas de A.A. en general; a veces podemos servir de intermediarios para resolver un problema. Del mismo modo, los editores de nuestra revista mensual, el A.A. Grapevine, lo consideran simplemente como un espejo de la vida y el pensamiento de A.A. hoy en día. Sirviendo como tal, no pueden mandar ni hacer propaganda. Así ocurre también con los miembros fideicomisarios de la Fundación Alcohólica quienes saben que no son más que custodios, custodios que aseguran la eficacia de la Oficina General de A.A. y del A.A. Grapevine, y que son los depositarios de nuestros fondos generales — guardianes y nada más.

Está clarísimo que, aun aquí en el mismo centro de A.A., solamente puede existir un centro de

servicio — custodios, redactores, secretarias, etc., cada uno cumpliendo sin duda una función vital, pero ninguno que tenga autoridad para gobernar *Alcohólicos Anónimos*.

No tengo la menor duda de que tales centros de servicios, nacional, internacional, metropolitano y local, serán suficientes para el futuro. Mientras evitemos la acumulación peligrosa de riqueza y la creación de un gobierno personal en estos centros, no podremos equivocarnos. Aunque la riqueza y la autoridad constituyan la base de muchas instituciones muy nobles, nosotros de A.A. nos damos cuenta ahora de que no son apropiados para nosotros. ¿No hemos descubierto que lo que es bueno para uno no lo es para todos?

¿No haremos lo adecuado si podemos aferrarnos aun parcialmente a los ideales fraternales de los primeros Franciscanos? Que todos los A.A., ya seamos custodios, editores, secretarios, porteros o cocineros, siempre recordemos lo insignificante que son la riqueza y la autoridad, comparadas con la inmensa importancia de nuestra fraternidad, amor, y servicio.

EL ANONIMATO

—1946—

Uno de los primeros artículos acerca de nuestras importantes Tradiciones de Anonimato

En los años venideros, el principio del anonimato sin duda se convertirá en una parte de nuestra tradición vital. Ya sentimos hoy su valor práctico. Y aun más importante, estamos comenzando a percatarnos de que la palabra “anónimo” tiene para nosotros una inmensa significación espiritual. De una manera sutil, pero no obstante enérgica, nos recuerda que siempre debemos anteponer los principios a las personalidades; que hemos renunciado a la glorificación personal ante el público; que nuestro movimiento no solamente preconiza sino también practica la verdadera humildad. No puede haber la menor duda de que el practicar el anonimato en nuestras relaciones públicas ha tenido una profunda influencia beneficiosa tanto en nosotros como en nuestros millones de amigos del mundo exterior. El anonimato ya constituye la piedra fundamental de nuestra política de relaciones públicas.

La forma en que esta idea se originó y después fue cuajando entre nosotros es una parte interesante de la historia de A.A. En los años anteriores a la publicación del libro *Alcohólicos Anónimos*, no teníamos nombre. Sin nombre ni forma, con nuestros principios de recuperación esenciales todavía sometidos a discusión y a prueba, no éramos más que un grupo de bebedores que andábamos a tientas por un camino que esperábamos sería la vía hacia la libertad. Una vez que logramos la seguridad de estar en el buen camino, decidimos redactar un libro, a través del cual podríamos comunicar a otros alcohólicos la buena noticia. A medida que el libro iba tomando forma, inscribíamos en él lo esencial de nuestra experiencia. Era el fruto de miles de horas de discusión, una fiel representación de la voz, el corazón y la conciencia de quienes fuimos los

pioneros durante los primeros cuatro años de A.A.

Mientras se acercaba el día de la publicación del libro, íbamos devanándonos los sesos, buscando un título apropiado. Debimos haber considerado al menos doscientas posibilidades. El inventar títulos y someterlos a votación en nuestras reuniones llegó a ser una de nuestras actividades principales. A través de un tumulto de discusión y argumentos, conseguimos reducir la lista de candidatos a dos. ¿Debemos titular nuestro libro “La Salida”, o debemos titularlo “Alcohólicos Anónimos”? Esa era la alternativa final. Los grupos de Akron y Nueva York la sometieron a una votación de última hora: Por un escaso margen, se decidió titular nuestro libro “La Salida”. Justo antes de mandarlo a la imprenta, alguien intervino sugiriendo la posibilidad de que hubiera otros libros con el mismo título. Uno de nuestros primeros miembros solitarios (mi querido Fitz M., que en ese entonces vivía en Washington, D.C.) fue a la Biblioteca del Congreso para investigar. Descubrió exactamente doce libros ya publicados con ese título. Cuando hicimos circular esta información, nos estremecimos ante la posibilidad de ser “La Treceava Salida”. Así fue que “Alcohólicos Anónimos” se convirtió en el título de preferencia. Y así fue que conseguimos un título para nuestro libro, un nombre para nuestro movimiento y, como ya estamos comenzando a ver, una tradición de la más alta importancia espiritual. ¡Cierto es que Dios se mueve de manera misteriosa para hacer sus milagros!

En el libro *Alcohólicos Anónimos* aparecen solamente tres referencias al principio de anonimato. El prólogo a nuestra primera edición dice: “Siendo la mayoría gente de negocios o profesionales, algunos de nosotros no podríamos realizar bien nuestro trabajo si se publicaran nuestros nombres” y “Cuando escribimos o hablamos públicamente sobre el alcoholismo, recomendamos a cada uno de nuestros miembros omitir su nombre, presentándose en cambio como ‘un miembro de Alcohólicos Anónimos’”; y luego, “Muy seriamente pedimos a la prensa, también, observar esta recomendación; de otra manera estaremos grandemente incapacitados”.

Desde que se publicó *Alcohólicos Anónimos* en 1939, se han formado centenares de grupos de A.A. Cada uno de ellos hace estas preguntas: “¿Cuán anónimos precisamente debemos ser?” y “A fin de cuentas, ¿de qué sirve este principio de anonimato?” En gran parte cada grupo ha llegado a su propia interpretación. Naturalmente, existen

grandes diferencias de opinión entre nosotros. El significado preciso de nuestro anonimato y hasta qué punto debe extenderse todavía son cuestiones no resueltas.

Aunque ya no tememos como antes al estigma del alcoholismo, hay todavía individuos para quienes su conexión con nosotros es asunto muy delicado. Algunos entran en A.A. bajo nombres ficticios. Otros nos hacen jurar solemnemente que guardemos en secreto su identidad. Tienen miedo a que su asociación con Alcohólicos Anónimos perjudique sus negocios. Al otro extremo de la escala de opinión, tenemos al individuo que dice que el anonimato es pura niñería. Se siente obligado a anunciar a gritos desde los tejados el hecho de ser miembro de A.A. Hace notar que, dentro de nuestra Comunidad de A.A., hay gente famosa, algunos de renombre nacional. ¿Por qué, nos pregunta, no debemos aprovechar su prestigio personal, tal como lo haría cualquier otra organización?

Entre los dos extremos, hay un sinfín de matices de opinión. Algunos grupos, en particular los nuevos, se comportan como sociedades secretas. No quieren que ni siquiera sus amigos sepan de sus actividades. Ni pensarían jamás en tener presentes en sus reuniones a los clérigos, los médicos — ni a sus mismas esposas. En cuanto a invitar a los reporteros — ¡Dios nos libre!

Otros grupos creen que sus comunidades deben estar bien enteradas sobre A.A. Aunque no publiquen sus nombres personales, sacan partido de toda oportunidad de anunciar las actividades de su grupo. A veces, celebran reuniones públicas o semipúblicas, donde los A.A. se presentan por su nombre en la plataforma. A menudo, se invita a médicos, clérigos y funcionarios públicos a hablar en estas reuniones. Algunos miembros han dejado de guardar completamente su anonimato. Sus nombres, sus fotos y crónicas de sus actividades han aparecido en la prensa. A veces, como miembros de A.A. han publicado artículos acerca de su pertenencia a A.A., en los que incluyen sus nombres completos.

Pues, aunque está bien claro que la mayoría de nosotros reconocemos la importancia del anonimato, las formas en que practicamos el principio varían mucho. Y, de veras, tenemos que darnos cuenta de que la seguridad y eficacia futuras de Alcohólicos Anónimos pueden depender de que lo conservemos.

La pregunta crucial es: ¿Dónde debemos fijar el punto en que las personalidades desaparecen y empieza el anonimato?

En realidad, muy pocos de nosotros somos anónimos en nuestros contactos diarios. Hemos dejado de guardar nuestro anonimato a este nivel porque creemos que nuestros amigos y colegas deben saber de Alcohólicos Anónimos y de lo que A.A. ha hecho por nosotros. También queremos librarnos del temor a admitir que somos alcohólicos. Aunque pedimos sinceramente a los reporteros que no revelen nuestras identidades, a menudo hablamos en reuniones semipúblicas utilizando nuestros nombres completos. Queremos convencer a nuestros auditorios de que nuestro alcoholismo es una enfermedad, de la cual ya no tememos discutir ante nadie. Hasta aquí todo va bien.

Pero si nos arriesgamos a sobrepasar este límite, sin duda perderemos el principio de anonimato para siempre. Si cada A.A. se sintiese libre de publicar su propio nombre, foto o historia, prontamente nos lanzaríamos a una orgía inmensa de publicidad personal, a la que, obviamente, no se podría poner ningún límite. ¿No es este el punto en que nuestra tradición debe resueltamente trazar la línea?

1. Por consiguiente, cada miembro de A.A. debe tener el privilegio de abrigarse con tanto anonimato personal como desee. Sus compañeros de A.A. deben respetar sus deseos y ayudarle a guardar su anonimato en el grado que le parezca apropiado.

2. Inversamente, el miembro individual debe respetar los sentimientos de su grupo local en cuanto al anonimato. Si los miembros de su grupo quieren llamar menos atención que él en su comunidad sobre su pertenencia a A.A., él debe complacerles, a menos que cambien de opinión.

3. Debe ser una norma mundial de A.A. que ningún miembro nunca se considere libre de publicar, en conexión con cualquier actividad de A.A. su

mantenerse secretos, olvidan su obligación ante los demás alcohólicos en su comunidad que no saben que A.A. está a su disposición. No obstante, con el tiempo, esta cautela irrazonable va desapareciendo. Poco a poco, se abren algunas reuniones a los parientes y amigos. De vez en cuando se puede invitar a clérigos y médicos. Finalmente, el grupo obtiene la ayuda del diario local.

En la mayoría de los casos, aunque no en todos, es costumbre que los A.A. utilicen sus nombres completos al hablar en las reuniones públicas o semipúblicas. Esto se hace para mostrar al público que ya no tememos al estigma del alcoholismo. Sin embargo, si hay en la reunión representantes de la prensa, les pedimos sinceramente que no publiquen los nombres de los oradores alcohólicos que figuran en el programa. De esta manera, se observa el principio del anonimato en lo concerniente al público en general y, al mismo tiempo, nos permite representarnos como un grupo de alcohólicos que ya no sentimos ningún temor a hacer saber a nuestros amigos que hemos sido gentes muy enfermas.

En la práctica, entonces, el principio de anonimato parece reducirse a lo siguiente: con una excepción muy significativa, la decisión respecto a fijar el punto hasta el cual un miembro o grupo puede romper su anonimato, es asunto estrictamente suyo. La excepción está en que todos los grupos o miembros, cuando hablan o escriben acerca de A.A., deben sentirse obligados a nunca revelar sus nombres completos. Tratándose del anonimato, creemos que se debe establecer el límite en este punto de "publicación". *No debemos revelar nuestras identidades ante el público a través de la prensa, la radio o las películas.*

Todo aquel que quiera romper su anonimato debe considerar la posibilidad de que se pueda sentar así un precedente, el cual podría eventualmente destruir un principio importante. Nunca debemos permitir que ninguna ventaja inmediata nos haga vacilar en nuestra resolución a conservar intacta esta vital tradición.

Para su recuperación permanente, cada miembro de A.A. requiere mucha modestia y humildad. Si estas virtudes son tan necesarias para el individuo, tienen que serlo también para A.A. en su totalidad. Este principio de anonimato ante el público, si lo tomamos con suficiente seriedad, puede asegurar que el movimiento de Alcohólicos Anónimos tenga para siempre estos excelentes atributos. Nuestra política de relaciones públicas debe basarse principalmente en la atracción y raramente, o nunca, en la promoción.

POR QUÉ ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS ES ANÓNIMO

—1955—

Cómo Bill consideraba el anonimato 20 años después de que A.A. se inició

Hoy día, como nunca antes, la lucha por el poder, la influencia y la riqueza está desgarrando la civilización. Hombre contra hombre, familia contra familia, nación contra nación.

Casi todos los involucrados en esta competencia salvaje mantienen que su objetivo es la paz y la justicia, para ellos mismos, para sus vecinos y para sus países: Danos poder y tendremos justicia; danos renombre y daremos un ejemplo admirable; danos dinero y estaremos cómodos y felices. En todas partes del mundo, hay multitud de gente que lo cree, y que se comporta consecuentemente. Con esta borrachera seca, la sociedad parece irse tambaleando por un callejón sin salida. Se ve claramente la señal de aviso. Dice: “Desastre”.

Y, ¿qué tiene que ver esto con el anonimato, y con Alcohólicos Anónimos?

Nosotros los A.A. ya debemos saberlo. Casi todos nosotros hemos andado por este callejón sin salida. Impulsados por el alcohol y la autojustificación, muchos de nosotros hemos perseguido los fantasmas de la vanidad y la riqueza hasta la misma señal de desastre. Luego encontramos A.A. Dimos la vuelta y nos encontramos en otro camino, donde las señales no hacían ninguna referencia al poder, al renombre ni a la riqueza. Las nuevas señales indicaban “el camino hacia la cordura y la serenidad — el peaje es el autosacrificio”.

Nuestro nuevo libro, “Doce Pasos y Doce Tradiciones” dice “el anonimato es la mayor protección que nuestra Comunidad pueda tener”. También dice “la sustancia espiritual del anonimato es el sacrificio”.

Volvamos a los veinte años de experiencia de A.A. para ver cómo llegamos a esta creencia ahora expresada en nuestras Tradiciones Once y Doce.

Primero sacrificamos el alcohol. Tuvimos que hacerlo; si no, nos habría matado. Pero no podíamos deshacernos del alcohol mientras no hiciéramos otros sacrificios. Teníamos que renunciar al pezgordismo y al razonamiento farsante. Teníamos que echar por la ventana la autojustificación, la autoconmiseración y la ira. Teníamos que abandonar el alocado concurso por ganar prestigio personal y grandes cantidades de dinero. Teníamos que asumir personalmente la responsabilidad de nuestra lamentable situación y dejar de culparles de ella a otros.

¿Eran esas acciones sacrificios? Sí, lo eran. Para ganar la suficiente humildad y dignidad como para sobrevivir, teníamos que abandonar lo que habría sido nuestra más querida posesión: nuestras ambiciones y nuestra vanidad.

Pero aun con esto no bastó. El sacrificio tenía que ir aún más lejos. Era necesario que otra gente sacara provecho. Así que hacíamos algunos trabajos de Paso Doce; comenzamos a llevar el mensaje de A.A. Sacrificamos tiempo, energía y nuestro propio dinero para hacerlo. No podríamos mantener lo que teníamos a menos que lo entregáramos a otros.

¿**Les exigíamos** a esta gente que nos devolvieran algo? ¿Les pedíamos que nos dieran poder sobre sus vidas; renombre por nuestras buenas obras; o un centavo de su dinero? No. Llegamos a darnos cuenta de que, si exigíamos cualquiera de estas cosas, nuestro trabajo de Paso Doce no surtiría efecto. Entonces, teníamos que sacrificar estos deseos naturales; si no lo hacíamos, aquellos con quienes trabajábamos recibían poca o ninguna sobriedad, al igual que nosotros.

Así fue que nosotros nos dimos cuenta que el sacrificio tenía que traer un beneficio doble, o traería muy poco. Empezamos a conocer la forma de dar de nosotros mismos que no tiene precio.

Poco tiempo después de formarse nuestro primer grupo de A.A., aprendimos mucho más sobre esto. Descubrimos que cada uno de nosotros tenía que estar dispuesto a hacer sacrificios para el bien del grupo, para nuestro bienestar común. El grupo, a su vez, descubrió que tenía que renunciar a muchos de sus propios derechos para la protección y bienestar de cada miembro, y para A.A. en su totalidad. Si estos sacrificios no se hicieran, A.A. no podría sobrevivir.

De esta experiencia y conciencia, las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos comenzaron a tomar forma y sustancia.

Poco a poco, logramos entender que la unidad, la eficacia e incluso la supervivencia de A.A. siempre dependería de nuestra voluntad continua de sacrificar nuestros deseos y ambiciones personales por la seguridad y bienestar comunes. Así como el sacrificio significaba la supervivencia para el individuo, significaba también la supervivencia y la unidad para el grupo, y para A.A. en su totalidad.

Vistas bajo este aspecto, las Tradiciones de A.A. no son más que una lista de sacrificios que la experiencia de veinte años nos ha enseñado que tenemos que hacer, individual y colectivamente, para asegurar que A.A. sobreviva en buena salud.

Con nuestras Doce Tradiciones, nos hemos opuesto a casi toda tendencia del mundo exterior.

Hemos renunciado a un gobierno personal, al profesionalismo y al derecho de decidir quiénes pueden ser nuestros miembros. Hemos renunciado al bienhechorismo, a la reforma y al paternalismo. Nos negamos a aceptar contribuciones caritativas, prefiriendo pagarlo todo nosotros. Estamos dispuestos a cooperar con casi todo el mundo, pero no casamos nuestra Comunidad con nadie. Nos mantenemos alejados de las polémicas públicas y rehusamos luchar entre nosotros mismos por aquellas cosas que desgarran la sociedad: la religión, la política y la reforma. Tenemos un solo objetivo: el de llevar el mensaje de A.A. al alcohólico enfermo que lo desee.

Tomamos estas actitudes no porque pretendemos tener una virtud o sabiduría especiales; hacemos estas cosas porque la dura experiencia nos ha convencido que tenemos que hacerlas — si A.A. va a sobrevivir en el afligido mundo moderno. Renunciamos a nuestros derechos y hacemos sacrificios también porque lo debemos, y mejor aun, lo queremos hacer. A.A. es un poder superior a todos nosotros; tiene que sobrevivir, o miles de nuestros compañeros de fatigas indudablemente morirán. Esto lo sabemos.

Pues, ¿dónde encaja el anonimato en este cuadro? Y de todas maneras, ¿qué es anonimato? ¿Por qué lo consideramos en sí como la mayor protección que A.A. pueda tener? ¿Por qué es el anonimato el más acertado símbolo del sacrificio personal, la clave espiritual de todas nuestras Tradiciones y de nuestra misma manera de vivir?

Tengo la más profunda esperanza de que el siguiente fragmento de la historia de A.A. descubra la respuesta que todos buscamos.

Hace ya años, un jugador de beisbol logró la sobriedad a través de A.A. Debido a que su vuelta a la escena fue tan espectacular, recibió una tremenda ovación personal de la prensa, y una gran parte del mérito se atribuyó a Alcohólicos Anónimos. Millones de aficionados del deporte lo vieron identificado, por su nombre completo y su foto, como miembro de A.A. Nos beneficiamos mucho de esto: los alcohólicos vinieron en tropel. Estábamos encantados. Yo me emocionaba especialmente porque me metió ideas en la cabeza.

Al poco rato, estaba rodando por el país, entrevistándome pública y gustosamente con cualquiera, libremente distribuyendo fotos-retratos míos. Con gran regocijo, descubrí que como él, yo podía estar en primera plana de actualidad. Más aún, él no podía mantener el ritmo de su publicidad; yo, sí. No tenía que hacer más que seguir viajando y hablando; el resto, lo hacían los grupos locales de A.A. y los periódicos. Al releer estos antiguos reportajes recientemente, me quedé asombrado. Supongo que, durante dos o tres años, yo era el principal violador del anonimato en A.A.

De aquí que no puedo criticar a ningún A.A. que desde aquel entonces ha buscado estar en el candelero. Yo mismo, hace años, dí el ejemplo principal.

En aquella época, pareció ser lo correcto. Así justificado, me dejaba acariciar por la atención. ¡Cuánto me estremecía al leer aquellos artículos a doble columna acerca de “Bill, el Agente de Bolsa”, con foto y nombre completo, el tipo que estaba salvando los borrachos por millares.

Luego llegaron las primeras nubes para oscurecer este cielo de azul ininterrumpido. Se oía murmurar a los escépticos de A.A., diciendo: “Este tipo, Bill, está acaparando la publicidad; el Dr. Bob no está recibiendo su debida parte”. O, “Supongamos que se le suba a la cabeza esta publicidad y se nos emborrache”.

Esto me hirió. ¿Cómo era que me podían perseguir mientras estaba haciendo tanto bien? Les dije a mis críticos que estábamos en los Estados Unidos. ¿No sabían que tenía libertad de expresión? ¿No es cierto que este país y todos los demás son dirigidos por líderes de nombre bien conocido? El anonimato quizás era lo indicado para el miembro medio de A.A. Pero los cofundadores deben ser excepciones.

El público tenía indudablemente el derecho de saber quiénes fuimos nosotros.

Los que verdaderamente ambicionan el poder (los sedientos de prestigio, gente como yo) tardaron poco tiempo en caer en la cuenta: Ellos también iban a ser excepciones. Decían que el anonimato ante el público era únicamente para los tímidos; los más intrépidos y atrevidos como ellos, debían volver la cara hacia las cámaras y hacerse reconocer como A.A. Este tipo de valor pronto pondría fin al estigma puesto al alcohólico. El público se daría inmediatamente cuenta de que los alcohólicos recuperados podían convertirse en ciudadanos dignos y diligentes. Así que cada vez más miembros fueron rompiendo su anonimato, todos por el bien de A.A. ¿Qué tenía de malo fotografiar un borracho con el gobernador? Ambos merecían el honor, ¿no? Y así andábamos a toda carrera, a lo largo del callejón sin salida.

El siguiente episodio en las rupturas del anonimato pareció aún más optimista. Una A.A., íntima amiga mía, quería dedicarse a la educación sobre el alcoholismo. La facultad de una gran universidad, interesada en el alcoholismo, le propuso que diera conferencias al público, exponiendo que los alcohólicos eran gente enferma, y que se podía hacer mucho al respecto. Mi amiga era una buena oradora y escritora. ¿Debería decir al público que ella era miembro de A.A.? Pues, ¿por qué no? Utilizando el nombre de Alcohólicos Anónimos atraería buena publicidad para un buen programa de educación acerca del alcoholismo, así como para Alcohólicos Anónimos. Me pareció una idea estupenda y le di mi bendición.

El nombre de A.A. ya había empezado a hacerse famoso y valioso. Apoyado por nuestro nombre, y las grandes habilidades de mi amiga, el proyecto tuvo resultados inmediatos. En un abrir y cerrar de ojos, su nombre y foto, acompañados de excelentes reportajes de su proyecto educacional, y sobre A.A., aparecieron en casi todos los periódicos grandes de América del Norte. Iba aumentando la comprensión del público acerca del alcoholismo, reduciendo el estigma puesto al borracho, y nuevos miembros llegaban a A.A. Con toda seguridad, no podía haber nada de malo en ello.

Pero sí lo había. Por tener estas ventajas a corto plazo, nos estábamos exponiendo a futuras inconveniencias de proporciones alarmantes y amenazadoras.

Al poco rato, un miembro de A.A. empezó a publicar una revista haciendo campaña en favor

de la Prohibición. Creía que Alcohólicos Anónimos debía ayudar a convertirse en abstemios a todo el mundo. Se identificó como miembro de A.A., y hacía un libre uso del nombre de A.A. para atacar las desgracias y los males de la bebida y a los que fabricaban la bebida y a los que la tomaban. Hizo notar que él también era un “educador”, y que su clase de educación era la “correcta”. En cuanto a meter a Alcohólicos Anónimos en las polémicas públicas, creía que eso era precisamente lo que debíamos hacer. Así que se puso resueltamente a utilizar el nombre de A.A. para hacerlo. Por supuesto, rompió su anonimato para ayudar a su querida causa.

A continuación, se hizo una propuesta por parte de una asociación de comerciantes de licores, de que un miembro de A.A. ocupara un puesto de “educación”. Iba a decir a la gente que el alcohol en cantidades excesivas era malo para cualquier persona y que ciertas personas, los alcohólicos, no debían beberlo en absoluto. ¿Qué tendría esto de malo?

La pega estaba en que nuestro amigo A.A. tendría que romper su anonimato: cada anuncio de publicidad y toda la propaganda publicada llevaría su nombre completo, identificándolo como miembro de A.A. Esto, por supuesto, tendría necesariamente que causar al público la impresión de que A.A. estaba en favor de la “educación”, al estilo de los comerciantes de licor.

Aunque estos proyectos nunca progresaron mucho, tuvieron tremendas implicaciones. Nos enseñaron claramente el riesgo. Contratándose a una causa ajena y luego revelando al público su pertenencia a A.A., un miembro podría casar Alcohólicos Anónimos con cualquier empresa o controversia, buena o mala.

Cuanto más valor tuviera el nombre de A.A., mayor sería la tentación.

No tardó mucho en surgir otra evidencia. Otro miembro comenzó a meternos en una empresa de publicidad. Había sido contratado por una compañía de seguros de vida para presentar una serie de “conferencias” acerca de Alcohólicos Anónimos a través de una red nacional de radio. Esto, por supuesto, daría publicidad a los seguros de vida, así como a Alcohólicos Anónimos — *y naturalmente a nuestro amigo*, todo en una única y atractiva presentación.

En la Sede de A.A., repasamos las propuestas conferencias. Eran una mezcla de un 50% de las ideas y principios de A.A. y un 50% de las creencias

religiosas personales de nuestro amigo. Esto podría crear en el público una falsa imagen nuestra. Se despertarían prejuicios religiosos en contra de A.A. Así que objetamos.

Nuestro amigo nos devolvió prontamente una carta airada, diciendo que se sentía “inspirado” para dar estas conferencias, y que no teníamos derecho ni razón de interferir con su libertad de expresión. A pesar de que iban a pagarle por su trabajo, no tenía en mente nada que no fuera sino el bienestar de A.A., y si nosotros no sabíamos lo que podría hacernos bien, mala suerte. Nosotros y la junta de custodios podríamos ir directamente al diablo. ¡Las conferencias iban a ser emitidas!

Esto nos presentó un problema. Con sólo romper su anonimato y aprovechar el nombre de A.A. para su propio beneficio, nuestro amigo podría tomar poder de nuestras relaciones públicas, involucrarnos en cuestiones religiosas, meternos en el negocio de la publicidad y, por hacer todas esas buenas obras, la compañía de seguros le compensaría con un emolumento sustancial.

¿Significó esto que cualquier miembro descaminado podría poner nuestra Comunidad en peligro en cualquier momento o lugar sólo con romper su anonimato y decirse a sí mismo cuánto bien iba a hacer para nosotros? Nos imaginábamos que todos los “publicitarios” de A.A. irían buscando el patrocinio comercial, utilizando el nombre de A.A. para vender todo, desde las tortillas hasta el jugo de toronja.

Teníamos que hacer algo. Escribimos a nuestro amigo recordándole que A.A. también tenía libertad de expresión. No nos opondríamos a él públicamente, pero le podíamos prometer que la empresa patrocinadora recibiría millares de cartas de queja por parte de miembros de A.A., si se emitiera el programa. Nuestro amigo abandonó el proyecto.

Pero el dique de nuestro anonimato seguía fisurándose. Varios miembros de A.A. empezaron a entrometernos en la política. Comenzaban a informar a los comités legislativos locales — por supuesto públicamente — precisamente lo que quería A.A. con respecto a la rehabilitación, la subvención y la legislación ilustrada.

De esta manera, algunos de nosotros, identificados por nuestros nombres completos y, a veces, por fotos, empezamos a formar grupos de presión. Otros miembros se sentaban al lado de los jueces en los tribunales de policía, aconsejándoles cuáles

de entre los borrachos que se presentaban, debían ser enviados a A.A. y cuáles a la cárcel.

Luego surgieron los problemas económicos relacionados con el anonimato roto. En esta época, la mayoría de los miembros creían que debíamos dejar de solicitar fondos al público para los propósitos de A.A. No obstante, el proyecto educacional de mi amiga, patrocinado por la universidad, había crecido rápidamente. Ella tenía una necesidad legítima de dinero, y en grandes cantidades. Por consiguiente, lo solicitó al público, haciendo campañas con este fin. Ya que era un miembro de A.A. y seguía diciéndolo, muchos contribuidores se encontraban confusos. Creían que A.A. trabajaba en el campo de la educación, o creían que era A.A. en si misma la que estaba recogiendo fondos, aunque no lo estaba haciendo, ni quería hacerlo.

Entonces, el nombre de A.A. se utilizaba para solicitar fondos en el mismo momento en que estábamos tratando de decirle al público que A.A. no quería dinero de fuentes ajenas.

Al darse cuenta de lo que ocurría, mi amiga — maravillosa miembro que es — trató de recobrar su anonimato. Debido a que había atraído tanta publicidad, esto resultó un duro trabajo. Le tomó años lograrlo. Pero hizo el sacrificio y aquí, en nombre de la Comunidad entera, yo quisiera dejar constancia de mi profundo agradecimiento.

Este precedente dio impulso a todo tipo de solicitudes públicas de dinero por parte de los A.A. — dinero para “granjas de secado”, empresas de Paso Doce, pensiones de A.A., clubs, etc, — alimentadas en gran parte por rupturas de anonimato.

Luego nos sorprendió saber que nos habían comprometido en la política partidista, esta vez para el bien de un solo individuo. Un miembro, candidato para un cargo público, iba salpicando libremente su propaganda política con el hecho de que era un A.A. y, por deducción, sobrio como un juez. Ya que A.A. disfrutaba de una gran popularidad en su estado, creía que contribuiría a su victoria en el día de las elecciones.

Tal vez la mejor historia de este tipo es la que cuenta cómo se utilizó el nombre de A.A. para apoyar un pleito por difamación. Llegó a manos de un miembro, cuyo nombre y cuyos logros profesionales son conocidos en tres continentes, una carta, la cual, le parecía, perjudicaba su reputación profesional. Creía que algo debía ser hecho al respecto, y su abogado, también miembro de A.A., estaba de

acuerdo. Daban por sentado que tanto el público como A.A. justamente se indignarían si los hechos fueran expuestos. Enseguida, aparecieron en varios periódicos reportajes en primera plana, informando que A.A. estaba apoyando a una mujer, miembro de la Comunidad — nombre completo, por supuesto, esperando que ganara su pleito por difamación. Poco tiempo después, un locutor de radio bien conocido dijo la misma cosa a sus oyentes, un auditorio de unos doce millones de personas. Esos acontecimientos demostraron nuevamente que se podía aprovechar del nombre de A.A. con motivos puramente personales — y esta vez a escala nacional.

Los viejos archivos de la Sede de A.A. contienen docenas de experiencias parecidas de ruptura de anonimato. La mayoría recalca las mismas lecciones.

Nos enseñan que nosotros los alcohólicos, somos los racionalizadores más grandes del mundo; que, fortalecidos por el pretexto de hacer buenas cosas para A.A., podemos, con romper nuestro anonimato, reanudar nuestra vieja búsqueda desastrosa del poder personal y prestigio, de honores públicos y dinero: los mismos impulsos implacables que antes, al ser frustrados, nos hicieron beber; las mismas fuerzas que hoy en día desgarran el mundo. Además, ponen bien en claro el hecho de que una cantidad suficientemente grande de gente, rompiendo su anonimato sensacionalísticamente, podrían arrastrar consigo a nuestra Comunidad entera a aquel ruinoso callejón sin salida.

Así que estamos seguro de que, si estas fuerzas llegaran algún día a dominar nuestra Comunidad, nosotros pereceríamos, tal como han perecido otras sociedades en el curso de la historia humana. No supongamos ni por un momento que los alcohólicos recuperados somos mejores o más fuertes que los demás ni que el haber pasado veinte años sin problemas insuperables asegura que siempre será así.

Nuestra mayor y verdadera esperanza está en el hecho de que nuestra experiencia total, como alcohólicos y como miembros de A.A., nos ha enseñado, por fin, el poder inmenso de estas fuerzas de autodestrucción. Estas lecciones, difíciles de aprender, nos han convertido en gente dispuesta para hacer cualquier sacrificio que sea necesario para preservar nuestra querida Comunidad.

Por esta razón consideramos el anonimato a *nivel público* como nuestra mayor protección contra nosotros mismos, como el guardián de todas nuestras Tradiciones, y el más apropiado símbolo del autosacrificio que conozcamos.

Por supuesto, ningún A.A. tiene que ser anónimo respecto a su familia, sus amigos o sus vecinos. Por lo general, en estos casos es bueno y sensato revelar que se es miembro. Ni tampoco existe ningún peligro especial cuando hablamos en las reuniones de grupo de A.A., o en las semipúblicas, con tal de que no se publiquen los apellidos en los reportajes de prensa.

A diferencia, ante el público en general — la prensa, la radio, el cine, la TV, etc. — la publicación de nombres completos o fotos es peligrosísimo. Es la principal escapatoria para las terribles fuerzas destructivas que todavía yacen latentes en nosotros. Aquí podemos y debemos mantener la tapa cerrada.

Ahora nos damos perfecta cuenta de que un cien por cien de anonimato personal ante el público es tan importante para la vida de A.A. como es un cien por cien de sobriedad para la vida de todo miembro.

Eso lo digo con toda la seriedad que me es posible; lo digo porque sé lo que es realmente la tentación de la fama y del dinero. Lo puedo decir por haber sido uno de los que han roto su anonimato. Doy gracias a Dios porque la voz de la experiencia y los consejos de mis sabios amigos me apartaran de la senda peligrosa, por la que pudiera haber llevado a nuestra Comunidad entera. De esta manera logré aprender que lo temporal y aparentemente bueno puede ser a menudo el enemigo mortal de lo permanente y mejor. Al tratarse de la supervivencia de A.A., ningún esfuerzo que no sea nuestro mejor será lo suficientemente bueno.

Hay otra razón por la que queremos mantener un cien por cien de anonimato, de la cual a menudo no se hace caso. En vez de atraer más publicidad para nosotros, las repetidas rupturas del anonimato pueden perjudicar gravemente las buenas relaciones que tenemos ahora tanto con la prensa como con el público. Puede que acabemos con mala prensa y poca confianza por parte del público.

Ya hace muchos años que las emisoras de noticias en todas partes del mundo nos inundan de publicidad entusiástica, una corriente constante fuera de toda proporción con la significación real de los acontecimientos en cuestión. Los editores nos dicen por qué lo hacen. Nos dan más tiempo y espacio porque tienen una confianza absoluta en A.A. La misma base de esta confianza, explican, es nuestra insistencia continua en el anonimato personal ante la prensa.

Las agencias de información y los expertos en relaciones públicas no habían tenido ninguna experiencia con una sociedad que rechazara hacer categóricamente propaganda personal para sus líderes o miembros. Para ellos, esta extraña y agradable novedad siempre ha constituido una prueba patente de que A.A. es de fiar; que nadie busca su propia ventaja.

Esta, nos dicen, es la razón primordial de su inmensa buena voluntad. Por esta razón, a tiempo y a destiempo, siguen llevando el mensaje de recuperación de A.A. al mundo entero.

Si, a causa de una cantidad de rupturas de anonimato, acabáramos haciendo que la prensa, el público y los alcohólicos enfermos pusieran en duda nuestros motivos, perderíamos esta ventaja inapreciable y, al mismo tiempo, a multitud de posibles miembros.

Ya hace mucho tiempo que el Dr. Bob y yo hacemos todo lo posible para mantener la Tradición de anonimato. Justo antes de que él se muriera, algunos de los amigos del Dr. Bob sugirieron que se debiera erigir un monumento o mausoleo en honor de él y de su esposa Anne, algo apropiado para un cofundador. El Dr. Bob agradeciéndoles, lo rechazó. Poco tiempo después, contándome la historia, me sonrió y dijo: “Por amor de Dios, Bill, ¿por qué no nos entierran como a los demás?”.

El verano pasado visité el cementerio de Akron donde yacen Bob y Anne. La sencilla lápida mortuoria no dice ni una palabra acerca de Alcohólicos Anónimos. Eso me alegró tanto que lloré. ¿Puede ser que esta pareja maravillosa llevara el anonimato personal demasiado lejos, rehusando a utilizar las palabras “Alcohólicos Anónimos” incluso en su propia lápida mortuoria?

No lo creo, yo. A mí me parece que este magní

DECLARACIÓN DE UNIDAD

Debemos hacer esto para el futuro de A.A.: Colocar en primer lugar nuestro bienestar común para mantener nuestra comunidad unida. Porque de la unidad de A.A. dependen nuestras vidas, y las vidas de todos los que vendrán.

Yo soy responsable...

Cuando cualquiera, dondequiera, extienda su mano pidiendo ayuda, quiero que la mano de A.A. siempre esté allí.

Y por esto: Yo soy responsable.

Esta literatura está aprobada por la Conferencia de Servicios Generales de A.A.

